

Chespirit



en Toronto

MARTHA BÁTIZ ZUK

Cada mañana, cuando navego por las páginas de internet, las noticias en México me causan una mezcla de ansiedad y depresión: López Obrador construye segundos pisos viales y da limosnas disfrazadas de apoyos de gobierno para apuntalar un camino que lo lleve a la Presidencia, aunque no sepa ni siquiera hablar bien el español; Fox ha perdido el respeto de la mayoría que votó por él y que esperaba un cambio (aunque el único cambio verificable es que la última palabra acerca de todo la tiene mujer); los foros de discusión de los diarios están llenos de opiniones superficiales, con faltas de ortografía hasta en los espacios en blanco, donde la ignorancia de la gente ahoga a los lectores como tsunami de *naquez* irrefrenable... Todos tienen una opinión que dar, aunque no sepan de lo que hablan: en un foro de *El Universal* acerca del aniversario del Quijote, se llenaron varias páginas de comentarios oligofrénicos, la gran mayoría enviados por gente que nunca ha leído el libro. Personas de cualquier edad se sienten capaces de hablar de Proust, Joyce, Sartre o Cervantes sin conocer su obra, solamente porque estamos en la época en que opinar se vale y pobre de aquél que le calle a uno la

bocota: está atentando contra nuestros derechos básicos de libre expresión...

Una de esas mañanas en que iba yo a quejarme de nuevo por el exceso de estupidez exhibida en internet incluso en las páginas de diarios importantes y de renombre, me detuve para escuchar lo que decían mis compañeros de maestría: estaban felices porque habían descubierto que en una librería latinoamericana ubicada en una de las calles más famosas de Toronto, se acababan de surtir de DVD's con programas de *Chespirito*, concretamente varios episodios del *Chavo del Ocho* y el *Chapulín Colorado*. No quise decirles en ese momento que en México, desde hace mucho, la moda entre la clase media y media alta, dizque muy culta, es desprestigiar aquellas viejas series, por considerarlas demasiado bobas, para un público de bajo coeficiente intelectual, porque la verdad mis compañeros no son nada bobos y sí han leído mucho. ¿Cómo iba yo a explicarles que en México, donde nos creemos los mejores de América Latina (en arrogancia sólo los argentinos nos superan), refrendamos nuestra teoría de la superioridad intelectual precisamente porque en países como Chile, Paraguay, Ecuador, Bolivia y tantos otros, Chespirito sigue siendo un *hit*, mientras nosotros, tan brillantes, lo desprestigiamos? No dije nada, me limité a

escucharlos y su entusiasmo era genuino: todos recordaban al Chavo del Ocho, la Chilindrina, don Ramón, doña Florinda, la Bruja del Setenta y uno, Quico, el Señor Barriga... y qué decir de las célebres frases “no contaban con mi astucia” y “que no panda el cúnico”. Eso fue por ahí de septiembre-octubre del año pasado. Poco tiempo después, para mi sorpresa, leí (en mi diaria sesión de masoquismo por computadora visitando páginas de diarios mexicanos) que se preparaba la retransmisión de los programas de *Chespirito* en México. Leí las opiniones al respecto: Fox diciendo que se trataba de “un sano entretenimiento”, y por supuesto el resto de la población intelectualoide, ésa que habla de Cervantes y Shakespeare porque ha ido al cine o ha leído las versiones para niños de sus obras, indignados de que otra vez se pusieran al aire *los chanfles* de Roberto Gómez Bolaños, como si los programas actuales fueran mucho mejores.

Yo trabajé varios años haciendo pequeños papeles en programas de televisión. Sé que no es fácil producir una serie con éxito. Los ejecutivos se rompen la cabeza, hacen juntas de emergencia, recurren a cualquier truco y a veces hasta mantienen sus grabaciones pegaditas al tiempo aire (es decir, se graba en la mañana lo que se transmite en la noche), para poder sondear al público, saber qué quiere o qué espera, y dárselo con tal de aumentar el *rating*. Los actores no se pueden enfermar, porque no tienen permiso de ausentarse del set (si alguien necesita algo más que aspirinas, alka-seltzer o curitas, ya se amoló hasta el domingo, porque a veces hasta se trabaja el sábado completo). Todo el equipo técnico y artístico está bajo una enorme presión. Actrices y actores tienen que mantener lindas caritas y cuerpos, y lo que menos importa es su capacidad histriónica, siempre y cuando puedan decir sus dos o tres frases sin tropezarse demasiado (a mí me tocó grabar escenas que



Victor Mora

tenían que repetirse quince o veinte veces antes de que la protagonista pronunciara bien su diálogo, de hecho los camarógrafos se burlaban, diciendo que había que develar una placa por las cien representaciones de la escena).

En *Chespirito* no importaba el *look* de los actores, sino su capacidad para interpretar uno u otro personaje, y las situaciones retratadas no tenían que sondearlas con el público día a día para darle lo que estuviera de moda. Sin embargo resultaron tan eficaces que todavía se pueden ver años después y no sentirse viejas. No quiero decir que todos los capítulos ni todos los programas de *Chespirito* sean obras de arte pero, aunque a sus detractores les duela leer esto, sí se trata de series realizadas con cuidado, en especial en sus inicios.

Para empezar, veamos al Chavo del Ocho: no tiene nombre, es un niño de la calle, de los que ahora hay tantos miles. Él no va por ahí limpiando parabrisas, sino que vive en un barril en el patio de una vecindad, cuyos habitantes, de clase baja, le ayudan a sobrevivir. La máxima ilusión del Chavo es comer tortas de jamón, o disfrutar de las paletas o juguetes que de pronto los demás niños tienen. Las burlas de las que es objeto son a veces crueles, pero nunca hay verdadera maldad, sino más bien travesuras y accidentes. Los personajes del Chavo ya no son los *pobres-pero-siempre-muy-buenas-gentes* de las películas de Pedro Infante, sin embargo, no dejan de ser seres que, dentro de sus limitaciones económicas y sociales, se ayudan entre sí. El Señor Barriga, dueño de la vecindad, nunca corre a sus inquilinos aunque no le paguen la renta, o lo reciban con pelotazos y golpes accidentales siempre que llega a cobrar. Don Ramón, viudo, no sabe cómo hacerse cargo de su hija Chilindrina, y como no hay mujer que se encargue de ella, la niña siempre está mal peinada (con sus colitas disparejas), y mal vestida (el suéter chueco), sin embargo, va a la escuela y no se queja de tener ham-

bre, por lo cual es evidente que su papá, a pesar de todo, la provee con lo más importante: educación y alimentos (y un techo). Doña Florinda se siente la señora *bien* de la vecindad (siempre hay de esas señoras en todas partes, que piensan que son mejores que sus vecinos), y educa a su hijo Quico como un niño malcriado, chillón, que también se siente superior a sus amiguitos, y por eso a menudo sale perdiendo (porque la Chilindrina, como ha crecido sola con sus papás, es más lista que él y le hace trampas cada vez que puede para salirse con la suya). Su sobrina Popis es, como indica su apelativo, una niña que se cree también de mejor nivel socioeconómico, pero lo único que la distingue de los otros pequeños es que ella sí tiene una muñeca de verdad (Serafina). Ñoño es el único niño *rico* de la vecindad, pues es el hijo del dueño, pero es menos presumido que Quico (como siempre sucede, los que de verdad tienen algo no lo presumen tanto como quien tiene poco). Como es gordo es la víctima de las burlas de sus amiguitos: claro, ninguno de ellos es gordo porque todos viven al día, en su diaria existencia nunca hay abundancia. El cuadro de personajes lo completan la Bruja del 71, la solterona amargada a quien no le gustan los niños (tal vez porque no encontró quien quisiera casarse con ella y hacerle unos propios), y el profesor Jirafales, maestro de la primaria a la que acuden los niños de la vecindad, incluyendo al Chavo, que aunque no tiene casa asiste a clases (lo cual ojalá fuera cierto para tantos niños en su misma situación).

En su vecindad, Chespirito incluyó a todos los estereotipos posibles de la sociedad, e incluso agregó el factor amoroso, con el romance entre el Profesor Jirafales y Doña Florinda (o en su versión más álgida, la constante persecución que hace Doña Clotilde, la bruja, para conquistar a don Ramón). Los personajes están bien dibujados e interpretados. En un gesto teatral, los mismos actores representan diversos personajes, y el espectador lo sabe, pero no se pierde el encanto. En vez de hacerse

de un equipo de trabajo enorme, Gómez Bolaños coordinó un grupo íntimo, en el que los mismos actores eran requeridos una y otra vez para interpretar diversos roles. Eso es lo que se hace en una compañía de teatro. Su imaginación les dio trabajo durante muchos años a un conjunto de actores que, vistos bajo la lupa de los estándares televisivos actuales, estarían en serios aprietos de empleo: ninguno es *carita*, ninguno tiene un *cuerpazo*, sin embargo, hicieron tan suyos a los personajes que, gracias a la generosidad de su autor, en muchos casos siguieron viviendo de ellos.

Chespirito es un fenómeno dentro de la televisión porque rompió los cánones establecidos, instaló su propia compañía dentro de los foros, y su creatividad mantuvo la maquinaria andando durante décadas, con giras, muñecos, discos y toda la parafernalia que siempre acompaña al éxito. Pero dejando esas superficialidades a un lado, y a pesar de los defectos que se quieran encontrar, su labor fue encomiable. Además escribió los guiones, dirigió escena y actuó: pocas personas que trabajaron después y hasta hoy en día en la televisión, pueden presumir ser tan versátiles.

Ahora hablemos del Chapulín Colorado, el superhéroe mexicano, ágil como una tortuga y más valiente que un ratón (yo conozco a muchas personas que caben dentro de esa descripción). Con su uniforme rojo, sus antenitas de vinil, y su enorme corazón con la CH al centro, es una parodia brillante de los superhéroes que los gringos se toman tan en serio (Superman, Batman, el Hombre Araña... a todos nos los creemos, ¿por qué a él no?). El Chapulín es como miles de mexicanos: bien-intencionado, pero torpe. Quiere ayudar, pero estorba. Al final, sólo porque es muy buena persona y la casualidad está de su parte, las cosas se le enderezan y triunfa. Las pastillas de *chiquitolina*, a la *Alice* de Lewis Carrol, son un guiño literario hecho a propósito, por supuesto, como lo es también *el chipote chillón*, su pequeño

Excalibur. La imaginación de Chespirito no tuvo límites y la puso en juego al máximo al crear a este personaje, que después tuvo, si mal no recuerdo, una aparición en *Los Simpson* como héroe de Homero.

Quizá el problema haya sido que el programa de Chespirito estuvo al aire durante muchos años, mientras la sociedad iba cambiando y adoptando nuevos gustos televisivos hasta llegar a la crisis de ahora, donde el máximo éxito se obtiene asomándose a la vida diaria, tan aburrida, de quién sabe qué actorcetes o cantantitos que no serán recordados en el futuro. Tal vez el problema es que no cambió sus fórmulas, que los chistes parecían los mismos, que no había mujeres semidesnudas enseñando sus enormes senos ante las cámaras. Tal vez el problema es que el programa lo seguía viendo la misma gente que lo había visto de niño, y que ya de adulto no le encontraba la misma gracia. Quizá haya sido que gran parte de la población de México de veras



Ángel Mauro

se creyó que sería *primermundista* muy pronto, y decidió que Chespirito ya no estaba a la estatura de su nueva y agringada vida... ¿o será que la criminalidad, la violencia que impera en nuestras calles, la realidad de los niños que viven en las coladeras, y la miseria extrema que vemos a diario en las noticias, nos impide entrar de nuevo con inocencia en el patio de la vecindad del Chavo y disfrutar de lo que ahí sucede?

No sé qué recepción tenga ahora el programa en su nueva ronda de transmisiones, ni qué capítulos estén poniendo al aire (ojalá que los del elenco original, con Ramón Valdés). Lo único que sé es que, por alguna razón, en el resto de Latinoamérica ese repudio al Chavo y al Chapulín no tuvo lugar, y ahora me ayuda a ver las cosas desde una perspectiva menos arrogante.

En México hay tantas cosas (proyectos políticos, planes, propuestas y programas de televisión también) que se hacen para que duren poco, hoy y mañana, para

ganar un voto, para subir el *rating*, para aumentar la popularidad. Por eso hemos perdido la capacidad de ver lo que se ha hecho con tanto esmero, a pesar de las modas y los vientos a favor o en contra. Tal es el caso de Roberto Gómez Bolaños, Chespirito, cuya labor creativa no ha sido reconocida en los medios mexicanos como se merece. Dicen que lo difícil no es llegar a la cima, sino mantenerse. Ahora todos los premios son para los que llegan a la cima en helicóptero, con el cuerpo operado y el cerebro en *stand-by*. Ojalá que en esta nueva oportunidad al aire, a Chespirito le vaya mejor que cuando terminó su última temporada. Ojalá alguien tuviera la gracia (no en el sentido cómico, sino de nobleza) de mirar atrás, y valorar el trabajo de quien llevó de la mano a su equipo a aquella cima, pero ahora ha estado relegado porque, entre prejuicios pseudointelectuales, *bubis* y palabras vulgares, los espectadores están muy ocupados mirando hacia otra parte... 🐱



Premio Nacional de Ciencias y Artes.

60 años de Historia Plástica

9 de marzo al 29 de abril de 2005
 Museo Nacional de Historia
 Castillo de Chapultepec
 México, D.F.

PRIMERA SECCIÓN DEL BOSQUE DE CHAPULTEPEC
 Estación del Metro Chapultepec o Avenida Constituyentes
Martes a domingo, 9 a 17 horas
 Entrada gratuita a personas mayores de 60 años, jubilados, discapacitados, maestros y estudiantes.

71 obras de 30 grandes artistas mexicanos:
 Orozco, Rivera, Tamayo, Alfaro Siqueiros, O'Gorman, Chávez Morado, Cuevas, Coronel, Olga Costa, Toledo, entre otros.

Máximo Galardón del Arte en México,
 instaurado por el Gobierno Federal en 1944

Informes: (55) 12 53 98 71 • magnolia@artlover.com.au





Una actividad de la Dirección General de Vinculación Cultural a través del Programa Creadores en los Estados

CONACULTA • INBA • INAH • FONCA

CULTURA EN SU MARCO

Más de 300 actividades llevó a cabo este Programa en 2004